

# NI DIOS NI DIABLO EN RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Una de las conclusiones a las que suele llegar quien lee la obra poética de Ramón López Velarde es la relativa a su célebre y multicitado dualismo. El poeta de Jerez oscila en la disyuntiva de la carne y el alma. Ese espacio en el que parece no haber una elección clara por parte del poeta se presenta como un paisaje difuso entre la luz y la sombra, entre la tumba y la cama. Sin embargo, la dilución en que los contornos y las formas rechazan una definición clara no queda sumida en la vaguedad simple de lo sensorial. El espacio de las indefiniciones, lejos de ser un motivo atmosférico o un estado de ánimo, es una forma de ser en el mundo. La indefinición perpetua resulta impensable en López Velarde, que aspira a la más certera expresión de su ser a través de la poesía. La falta de contorno y la oscilación entre opuestos no es un paréntesis abierto de manera indefinida. Si la indefinición es, en este caso, el estado entre la vigilia y el sueño, una zona nebulosa y deslavada, es precisamente porque allí, paradójicamente, se alcanzan la más grande exactitud y la máxima lealtad del poeta consigo mismo. La claridad y los contornos netos son su exigencia vital, y López Velarde traduce esta exigencia en la búsqueda incesante de tomar el ritmo de su propio corazón y de sus signos vitales. Recordemos su advertencia:

LA COLMENA 48, octubre-diciembre 2005.

Quien sea incapaz de tomarse el pulso a sí mismo, no pasará de borrajear prosa de pamplina y versos de cáscara. (CRI, 479)<sup>1</sup>

La recuperación de la subjetividad poética es la única vía. Esta exigencia estética, y al fin de cuentas ética, se da, como suprema paradoja, en el espacio de lo difuso.

El poeta tiene ya su ética en la realización de su poesía. Su ética que es estar despierto, precisamente; este velar persistente, este sacrificio perenne por lograr la claridad al borde mismo del sueño [...] El poeta se mantiene vigilante entre su sueño originario —la raíz nebulosa— y la claridad que se exige. Claridad exigida por el mismo sueño, que aspira a realizarse por virtud de la palabra poética. (Zambrano, 2002: 84-85)

Una vez más, es posible apreciar la forma en que los componentes estético y ético se funden en una totalidad indisoluble. Para el poeta, no es posible crear verdadero arte sin un compromiso, sin un pacto inquebrantable consigo mismo. Desde esa perspectiva, la originalidad es un resultado —jamás un medio— de la consigna de ser “leal y fiel al espejo diario”. Nitidez, claridad y exactitud son rasgos distintivos de esa originalidad; son el “sexo” mismo del poeta, como diría el zacatecano.

Sin embargo, cabe preguntar, ¿cómo es posible que se persiga ese ideal estético de precisión mediante una poesía en que se enfatiza la oscilación entre opuestos? La respuesta subyace en la propia forma del material poético, en la incongruencia natural del individuo moderno y en el poliedro esencial de los artistas. El mundo de comienzos del siglo XX está subvertido. Las promesas de la razón están en profunda crisis. Entre la *Belle époque* y la Primera Guerra Mundial median sólo unos cuan-

tos años. Sumemos a esto la muerte de Dios, una revolución proletaria, el desarrollo industrial a gran escala, el cine, los primeros aviones y la renovada capacidad humana para el asesinato en masa. La realidad se vuelve movediza. No hay sistema que soporte los embates de los nuevos tiempos. En “Dolor de inquietud”, una de las crónicas de *Don de febrero*, López Velarde revela las palabras que un varón declara a su enamorada:

Estoy contagiado de la enfermedad de mi tiempo: la pecaminosa inquietud. (DON, 363)

*Inquietud, zozobra, desasosiego*. Palabras inmersas en la misma red semántica, puntos cardinales que llevan a todas y a ninguna parte. No hay suelos firmes y rocosos. Hay “edenes subvertidos”. En este mundo convulso, el individuo busca alcanzar los límites de su identidad. Hay distintas maneras de encarar la realidad; López Velarde lo hace mediante el rescate de lo individual, en una exacerbación del sujeto unitario que experimenta sensaciones y las convierte en expresión artística.

#### UNA DUALIDAD UNITARIA

Carne-espíritu, paganismo-catolicismo y provincia-ciudad son algunos de los extremos de la oscilación en el zacatecano. Quizás si retomamos la imagen del péndulo y del candil que se mece en la iglesia potosina, podríamos entender mejor el carácter, paradójicamente neto y preciso, del ir y venir velardeano. No puede haber oscilación sin un punto fijo a partir del cual se da el movimiento: el punto fijo no cancela los extremos, sino que hace posible la oscilación misma. No hay vaivén sin al menos un alfiler que sirva de asidero al movimiento pendular. Si Ramón López Velarde se ensimisma en la satisfacción de los sentidos, si no escribe nada que no venga de “la combustión de sus huesos”, es precisamente porque reconoce la pluralidad de su ser unitario. Plantear un análisis dando prioridad excluyente a la carne o al espíritu en el jerezano sería quedarse con la mitad de la naranja. López Velarde, por más provinciano que quiera vérselo, conocía muy bien su “sístole” y su “diástole”. Se

1 Empleo como referencia la edición de José Luis Martínez (López Velarde, 1971). En lo sucesivo abrevio las referencias de esta forma: primero, coloco la abreviatura de los títulos, por ejemplo: DON, MIN, SON, ZOZ y SAN, que aluden, respectivamente, a: *Don de febrero*, *El Minutero*, *El son del corazón*, *Zozobra* y *La sangre devota*. Luego, incluyo el número de página de la edición citada. Así, el pasaje anterior se señala de esta forma: (CRI, 479).

sabía católico y pagano. Se sentía “árabe sin cui-tas”. Pero también quería ser casto. Ese reconocimiento de los extremos en que oscila, lejos de ser un debate inútil e interminable sobre esas dos fuerzas, es la aceptación de que lo único cierto es lo inexacto de la propia esencia; una entrega sin remilgos a lo paradójico. Otra vez “Dolor de inquietud”:

Vamos sin rumbo, solicitados por imanes opues-tos, y si una gota de cera nos da el éxtasis, la otra nos quema con lumbre sensual. (DON, 363)

Los *imanes opuestos* son el armazón poético que permite al zacatecano abrir sus “cinco sentidos vehementes” a un ámbito más amplio de su experiencia. Exigir congruencia o resolución a los opues-tos es pedir que cese el vaivén, que se acabe la propia vida del sujeto. Arturo Rivas Sáinz dice al respecto:

Porque la exactitud que puede exigirse a la ma-nifestación de lo vago y nebuloso tiene que ser una precisión de lo impreciso. Expresar imprecisamente lo impreciso, ahora bien, es precisión. (Rivas, 1998: 481)

#### LA POESÍA DE LA INCLUSIÓN

De esa forma, el poeta define su individualidad como la aceptación de la complejidad de la existencia misma. No hay vidas sin relieves o contornos, y de haberlas, serían estériles como fuentes de experiencias convertibles en gran poesía. Lo vital en López Velarde es de una riqueza difícilmente condenable a la reducida extensión territorial de la provincia lejana o a la trayectoria que dibuja la oscilación de un candil. Tampoco es reducible a una diluida oposición de contrarios en que se podría apostar por el triunfo de la carne o del espíritu. No es *esto* en exclusión de *esto otro*. La palabra es *inclusión*. Ésta es la forma que el jerezano elige para soltar sus sentidos como jauría tras la presa que es la vida con sus cosas. Todo debe convertirse en sensación. Así, se da entrada a lo claro y a lo oscuro, al carnaval y a la cuaresma. Jerez es capaz de contener a todo el mundo, y lo mismo importan los pasos de un bebé que el relámpago.

López Velarde se sabe contradictorio. Pero esa contradicción se supera en la reunión de los extre-mos de su individualidad. Que la paradoja se re-suelva en una feliz aceptación de la complejidad del poeta; que los extremos se encuentren. La rea-lización del uno individual se realiza en una coin-cidencia de lo plural. En su encomio de José Juan Tablada, López Velarde propone un sencillo esque-ma del jovial concilio en que se unen las puntas del vaivén; unión que, al final de cuentas, es carac-terística de la complejidad humana:

Ciertamente, la Poesía es un ropaje; pero, ante todo, es una sustancia. Ora celestes éteres becquerianos, ora tabacos de pecado. La quie-bra del Parnaso consistió en pretender suplan-tar las esencias desiguales de la vida del hombre con una vestidura fementida. (CRI, 507)

“Las esencias desiguales de la vida del hombre” se refieren a la aparente dispersión de los extre-mos irreconciliables en un mundo positivista. En feliz maridaje, los opuestos se asimilan en la acep-tación de la incongruencia humana. Si lo humano es contradictorio, la precisión de un auténtico poe-ta se da en la dilución misma. Vista de esta mane-ra, la oscilación deja de ser un asunto de dualismo irreconciliable. La “sorda batalla entre el criterio pesimista y la gracia de Eva” debe entenderse ent-onces en un sentido más cercano a Heráclito. La pugna de opuestos es la conjunción armónica que hace posible la propia existencia. Sólo en ese es-pacio de transición difusa es posible crear porque, paradójicamente, la dilución se convierte en una exacerbación de los sentidos. En “Fresnos y ála-mos”, leemos lo siguiente:

Tal vez la cumbre de la vida nos da, como sensa-ción principal, la de nuestra situación entre dos firmamentos: uno carbonizado y otro flamean-te, como casulla de abril. Y ante el seguro temor de que el carbón propague a la casulla, quisiéramos fijar el tiempo desbocado, como se fija un corcel, por la brida, en un tronco; y entregarnos a lo estacionario, a lo anodino, o, cuando más, tomar dosis homeopáticas de ironía y de emo-ción, de piedad y de licencia. (MIN, 236)

“La sensación principal”, premisa básica del quehacer poético en López Velarde obtenida “de la combustión de sus huesos”, se da entre dos firmamentos. El poeta asume el desasosiego como un hecho de la vida, “seguro temor”, frente al cual no queda más remedio que el esfuerzo vano, pero inevitable, por tratar de asirnos a un punto fijo. El vaivén es natural. No hay una actitud de condena al dualismo. La cura consiste en una gozosa entrega a la contradicción sideral que nos plantean los dos firmamentos. Por eso la medicina es homeopática: “de piedad y de licencia”.

La oscilación es pues el estado natural de las cosas. La incongruencia se hace parte del paisaje cotidiano cuando se acepta como un hecho normal. Si crear sensaciones es la consigna del poeta, no queda más remedio que abrirse a las posibilidades de sentir. López Velarde aprovecha “la magia de dentro y de fuera”. El jerezano confiesa ser más fuerte que su creencia y que su incredulidad porque ambas tienen “el semblante del cero”, cifra de lo equidistante, cara redonda de la más pura potencialidad.

Si el compromiso ético que el poeta se impone: crear sensaciones, se da en lo indefinido, toda definición certera sería, simplemente, una anulación de las posibilidades de sentir. López Velarde busca así un acendrado individualismo, entendido como la suma de sus capacidades de ser y de sentir. Lejos de constituirse como una pugna en que dos partes excluyentes estarían sólo de acuerdo en la ruptura, el mundo poético del jerezano es un esfuerzo de concentración de desiguales. Carlos Monsiváis dice:

*Piedad y licencia... Idolatría de las bestias eróticas y místicas.* Si esto se entiende como enfrentamiento entre la carne y el espíritu, se pierde el sentido de la poética velardeana. Lo suyo no es dicotomía es integración.

La integración es lo único que posibilita la experiencia poética y la vida misma. Que se disputen la carne y la conciencia, el burdel y el convento, la razón y la magia. Si de ello brotan posibilidades de sentir, que así sea. La otra opción sería un mun-

do de orden glacial, en que la excesiva coherencia acaba por cancelar la vida. En uno de sus textos en prosa de mayor riqueza subjetiva, “Obra maestra”, el poeta resume su visión de la acción poética y del sentido total de su existencia. Se trata de una depuración de su ser, reconcentrado en los contornos de la individualidad. El ir y venir se agota en el vaivén mismo, el movimiento es aparente, cero:

El soltero es el tigre que escribe ochos en el piso de la soledad. No retrocede ni avanza. (MIN, 227)

El movimiento perpetuo, a fuerza de serlo, se convierte en signo de su propia inmovilidad. La oscilación es simplemente una síntesis armónica de lo que nunca estuvo separado. La vehemencia sensual del poeta quiere exacerbarse en un acto de buceo profundo. Todo en él, y sólo a través de él.

#### EL UNO PLURAL

“Meditación en la alameda” está cercana temáticamente a “Obra maestra”. El espacio de lo multitudinario se convierte en coto privadísimo e íntimo (como debe serlo todo jardín.) Próspero Garduño, el personaje que medita, transforma el lugar público en refugio interior, individual. Una vez más, el afán es reconcentrar lo múltiple en el uno.

Vale más la vida estéril que prolongar la corrupción más allá de nosotros. Que, como decía Thales, no quede línea nuestra. ¿Para qué abastecer el cementerio? Viviré esta hora de melodía, de calma, de luz, por mí y por mi descendencia. Así la viviré con una intensidad incisiva, con la del que quiere vivir él solo la vida de su raza. (MIN, 252-253)

¿Para qué agregar un número más a la infinita red del parentesco? Anticipándose a las eras, López Velarde da un salto hacia los más lejanos futuros para atraer hacia sí mismo la eviterna serie de su ralea. No ha de ser un fragmento de las individualidades venideras. La propagación del ser es hacia el interior del mismo poeta. Es una recuperación anticipada de lo que ni siquiera se ha ge-

nerado en el ser y en la carne. El yo del poeta se convierte en una fuerza gravitatoria sobre sí mismo y sobre sus potencialidades generativas. Lo múltiple se hace uno en la exacerbación del sujeto. Otro ejemplo de este giro sobre sí mismo para multiplicarse en lo singular se encuentra en una de las más bellas prosas velardeanas: "El bailarín". Veamos algunas de las partes de ese texto:

Hombre perfecto, el bailarín. (MIN, 266)

Así, elípticamente, comienza el texto. El bailarín *es*; eso queda sobreentendido. Después afirma:

Yo envidio sus laureles anónimos y agradezco  
el bienestar que transmite con la embriaguez  
cantante de su persona.

No hay el menor asomo de duda. Hay un *Yo* que envidia. El bailarín tiene *persona*. Las cosas *son* lo que *son* y tienen una correspondencia gramatical y esencial con lo que de ellas se predica. La crisis de Mallarmé queda muy lejos de la tarima del bailarín:

Los desvaríos de la conciencia y de la voluntad  
humanas le sirven de tramoya.

¿Qué es lo envidiable del bailarín? La perfecta circularidad (a la Parménides) de su persona, la concentración infinitesimal de su ser.

El bailarín comienza en sí mismo y concluye en  
sí mismo, con la autonomía de una moneda o  
de un dado. Su alma es paralela de su cuerpo...

Sin principio ni fin, su baile es una categórica fusión de opuestos, en que de nuevo aparece la imagen del vaivén, y la unión de dos opuestos:

el bailarín impulsa su corazón como el columpio  
en que se asientan la Gracia y la Fuerza.

El bailarín, derviche cósmico, traza una danza infinitamente grande, infinitamente pequeña, en una ataraxia que sólo puede calificarse de "envidiable":

La sordidez, resumen de nuestras desdichas, no  
le alcanza. Él es pulcro y abundante...

No hay desinterés igual al suyo. Danza sobre  
lo utilitario con un desapego del principio y del  
fin...

En la imagen del bailarín hay un resumen del ideal estético y ético del poeta: concentración de fuerzas y facultades, aristocrático desdén por lo mundano,

certeza en la realidad del mundo, confianza absoluta en el ser, feliz unión de contrarios. Hombre perfecto, el bailarín...

Como el bailarín, López Velarde no duda ni un instante en su existencia como sujeto. La duda cartesiana, jerigonza extraña, no le dice nada en absoluto. La realidad está ahí y hay que aprehenderla sensorialmente. Sentir mucho, ésa es la manera. Para lograrlo, López Velarde pone un cerco ante lo diverso e informe, condensando lo dual e incluso lo múltiple en lo unitario. El vaivén "va" del sujeto y "vuelve" al sujeto. En la postergación perenne de la paternidad funde en un solo ser todos los posibles seres que habrán de venir en la inmensidad de los tiempos. Es la victoria total sobre la degeneración y la muerte.

En múltiples pasajes de su obra, López Velarde hace hincapié en la certeza de su propia existencia. Le parece reiterativo decir que un sujeto (él) existe. No podría predicarse nada si en la propia enunciación, con el "Yo" que habla, no se diera por hecha la existencia. El poeta, ya se vio, se confiesa víctima del mal de su tiempo, la inquietud. La zozobra se ha generalizado. La descripción meteorológica del entorno es mucho más que un estado de ánimo; es una forma de vivir y de sentir la vida. En "Dolor de inquietud", la atmósfera no es una condición externa, es la propia realidad interior del poeta:

A las veces, caminando en la noche por una  
calle lavada por la lluvia, las notas de un piano  
nos sugieren emociones sutiles, paisajes de cuento  
de hadas, figuras castas, como la del pincel  
de los frailes pintores que eran dueños de una  
luz celeste. (DON, 363)

Otra vez se observa la aparición de motivos alusivos a la indefinición: noche lluviosa, el claroscuro de las teclas de un piano, la luz de los pintores en contraste con la hora nocturna. Sin embargo, dice luego, "aquello no dura más que un instante". La indefinición, aceptada, como ya se ha dicho, por el mismo poeta, es el mecanismo que lo empuja a buscar un individualismo recalitrante. Una y otra vez el enamorado declara su identidad en su "discurso sincero":

Soy indigno de ti...  
*Soy, en verdad, indigno de ti...*  
 Estoy contagiado ...  
 Ya ves como soy indigno ...  
*Mi inquietud raya...* (DON, 363)

Es como si el piano se enfrascara en un necio obstinado. Si la existencia se da en la propia enunciación acerca de algo, se trata entonces de una reiteración de lo reiterado. Hay un predominio del "Yo". La primera persona del singular se combina en una letanía insistente:

Soy, soy, soy.

No existe enunciación más rotunda de la plenitud. Lo que es, ese ser que declara "soy", lo hace sin aludir a ningún aspecto en particular de su persona. Decir "soy" es decirse, pero decirse siempre completo. De otra forma, una parte, la carnalidad o la espiritualidad, serían la sustancia y no uno de los atributos. Pero hay otros muchos que dicen "soy". Hay un encuentro, por ejemplo, "con notas castas". Así, las cosas salen a nuestro encuentro en una coincidencia de un yo con un tú. Las cosas difusas salen del fondo de la escena y entran en foco. Aunque sea por breves instantes, las cosas dejan de ser aquello que nos era ajeno para convertirse en tú. Hay coincidencia, cita, relación. Por eso, López Velarde dice "las notas nos sugieren". Las notas son otra presencia que por un instante se hace nuestra, deja de ser ausencia para volverse presencia de otros seres que, a su vez, dejan de ser un simple yo para volverse un yo-tú. Estamos inmersos en la inquietud y hay muchos inquietos.

Pero el encuentro dura poco. Y se da nuevo comienzo a la indefinición. El sujeto no está al margen, pues quedaría fuera del mundo. La tarea consiste en definirnos indefinidamente. El tiempo huye, todos los poetas lo han sabido, pero deben capturarlo.

2 Es imposible no leer este pasaje sin pensar en los versos de Alberto Caieiro: "Saudoso já deste verão que vejo" (Tengo ya nostalgia de este verano que veo). El poeta sufre hoy la nostalgia de las cosas presentes, que ve, pero que serán futuro mañana. Los tiempos se diluyen por completo en una fusión que supera las dimensiones con que nos constriñe el tiempo físico.

El filósofo desdeña las apariencias porque sabe que son perecederas. El poeta también lo sabe, y por eso se aferra a ellas; por eso las llora antes de que pasen, las llora mientras las tiene, porque las está sintiendo irse en la misma posesión. Los cabellos de la amada blanquean mientras son acariciados y los ojos van velando imperceptiblemente su brillo. Y son por eso más amados, más irrenunciables.<sup>2</sup> (Zambrano, 2002: 38)

En "los cabellos de la amada que blanquean mientras son acariciados" hay esa transición entre lo presente y lo pasado, entre lo oscuro y lo claro; la luz de los ojos va quedando cancelada en un velo. Lo único constante es lo fugaz. López Velarde se sabe porque se ha tomado el pulso muchas veces, porque forma parte de la "humanidad giratoria". Lo único que queda es aferrarnos al instante pues en él se nos va el ser. En "De mis días de cachorro", López Velarde afirma:

Tuve la debilidad de querer convertir lo efímero en permanente. Me indujeron a ello el desmayo de la luz, los ramajes indecisos entre la primavera y el invierno, y la haz de la luna, de la luna confidente que quiso ser testigo de mi flaqueza. (DON, 378.)

Pero para capturar el instante hace falta un captor. El poeta debe, frente a la indefinición del mundo, y sabedor de su *flaqueza*, buscar la fortaleza que le permita realizar la captura. Por eso el poeta "tuvo la debilidad" y a él lo "indujeron". Es sujeto activo y está en capacidad de recibir la acción de otros porque su existencia no está en duda. Frente a la indefinición ("el desmayo de la luz", "los ramajes indecisos", inmersos en la pareja de contrarios "primavera-invierno"), el poeta asume la osada empresa de perpetuar lo efímero. No puede darse el lujo de perderse como sujeto captor.

## SANTO, SANTO, SANTO

No hay, pues, cuestionamiento que socave la confianza en su propio ser poético. Esta reafirmación no deja muy bien parada la aseveración de Paz, en

el sentido de que el jerezano no se ocupó de filosofías. Como todo producto del pensamiento, y aun sin querer hacer "sistema", la estética de López Velarde tuvo su axioma. El suyo fue la certeza inquebrantable de que existía como sujeto. Su "Yo" está más allá de toda especulación. Hay un ser que siente de muchas formas, y al que el propio poeta debe nutrir en una recuperación total de sus posibilidades de sensación. La dualidad inevitable, reconocida por el poeta, ha de volverse fusión. En "Malos réprobos y peores bienaventurados", aventura:

Si con afán sincrético, disputásemos sagrada la totalidad de la persona; si integrásemos el misticismo de la vida con la carne; si apartando las papeletas oficiales de lo elevado y de lo rastrero, redujésemos las palpitations más disímiles a una sola palpitation inefable, seríamos entonces tan armoniosos, tan puros y tan resueltos que las lágrimas de la mujer deseada no nos aplacarían. (DON, 428)

El poeta habla de "afán sincrético", es decir, de cancelación de fronteras y separaciones. ¿En dónde empieza la carne y dónde termina el espíritu? Nos habla de "totalidad", dice "persona" y lo dice en singular, sin dejar el mínimo vestigio de costuras o remiendos de las partes componentes. En la redondez del ser no tiene mucho sentido hablar de arriba o de abajo, no hay partes sublimes ni deleznable; somos "armoniosos", "puros" y "resueltos". En "Todo", poema de *Zozobra*, la aseveración es categórica:

Si digo carne o espíritu,  
páreceme que el diablo  
se ríe del vocablo;  
mas nunca vaciló  
mi fe si dije "yo".

El diablo podrá reírse de lo que quiera, pero López Velarde sabe que no habla la carne ni el espíritu, sino la totalidad de la persona. No hay titubeos, se trata de una recia profesión de fe. Ramón no niega que haya conflicto entre los apremios de la carne y los escrúpulos de la conciencia. Sólo los acepta como la forma en que le es dado ser. La dualidad

es connatural a su persona. No reniega de una para entregarse sumiso a la otra. De nuevo, en "Todo":

Yo, varón integral,  
nutrido en el panal  
de Mahoma  
y en el que cuida Roma  
en la Mesa Central.

¿Habrá alguna duda con respecto a la elección de adjetivo que lo describe como varón? Ramón es "integral", nutrido de los veneros de Roma y de su palíndromo, Amor. En casa, en el harem y en el monasterio, Ramón no se va ni con Dios ni con el diablo. Rendirse a éste es renegar de aquél. Esto lo volvería un apóstata de su credo y de su dogma integrista:

No porto insignias  
de masón  
ni de caballero  
de Colón.

Sin mayor empacho, se declara "santo" cuando se ahoga en el pecado y cuando nada en la virtud. La pacata moralina queda disuelta frente a una celebración total de la vida. El poeta es santo:

es santa mi persona,  
santa en el fuego lento  
con que dora el altar  
y en el remordimiento  
del día que se me fue  
sin oficiar.

En los anteriores versos, las ideas parecen mordearse la cola en un curioso juego de palabras. Primeramente, está el altar: ara de la devoción, de la fe y de la renuncia al mundo pecaminoso de la carne. López Velarde es "santo" cuando reza. También lo es en el día que se le va "sin oficiar". "Oficiar" asume aquí el sentido que le es más extraño y contradictorio; es decir, entregarse a la práctica del sexo. Se oficia la misa, pero también se oficia la cama, y en los dos sitios su persona es "santa". De igual forma, llama la atención el empleo de la expresión "mi persona", en singular y con el adjetivo posesivo. En "mi persona", el poeta no excluye nada; no habla sólo del cuerpo o sólo del espíritu; habla de la totalidad de su "per-

sona". Esta misma expresión aparece en "El Cándil", otro poema de *Zozobra*:

En la cúspide radiante  
que el metal de mi persona  
dilucida y perfecciona,... (ZOZ, 170)

Por otra parte, el poeta es definitivo en su valoración de lo múltiple. Somos individuos plurales. El poeta sabe que la humanidad no es una materia "uniforme", como el marfil de los paquidermos en Arreola. Para López Velarde, la multiplicidad es la esencia misma de lo humano. Esta pluralidad, cabalmente entendida por el poeta, se da tanto en lo particular, es decir, en el reconocimiento de lo diverso en un solo individuo (*afán sincrético* de los componentes de la persona), como en lo colectivo. Ramón se adelanta a Isaiah Berlin (2002) y su crítica a las utopías que sueñan con unificar, "armonizar" y dar correspondencia mutua a los valores humanos. Sabe que la materia de la que está hecho el hombre es diversa y contradictoria. La aceptación de lo contradictorio borra toda anomalía. Vista como un conjunto de unos, la masa es, por naturaleza, plural. En "La Guerra", leemos:

Si con un freno o con una funda nos quitaran el numen divergente, la inspirada alternativa, nos apagarían la chispa de júbilo que nos distrae. ¿Hasta dónde alcanzaría la desolación del planeta si la carne humana fuese ración en vez de individualidad? Quienes sueñan todavía en convertir la Tierra y el Cielo en esferas inmunes, relativamente perfectas y relativamente hieráticas, de seguro no han sentido batir sobre su frente las alas salvadoras de lo fortuito, de lo libérrimo, de lo personal. (DON, 443)

La humanidad en su conjunto no es una anónima suma de sujetos que pierden su singularidad. La carne humana no es "ración", no es una parte de un todo masivo y unitario. El hombre es, ante todo, "individualidad". El jerezano se reconoce uno ante

3 En estas líneas me he apoyado en un pequeño pero sustancioso ensayo (empleo el adjetivo en su sentido cotidiano y metafísico), intitolado: "Antropología literaria como estética de la persona" (Isaacson, 2004: 145-149). La propuesta es reconocer la totalidad del ser humano.

la masa. El hombre es pues una suerte de reunión de contrarios, cuya nota esencial es la paradoja. Una aglomeración forzada de los muchos, en la que prive la anulación de lo diverso, no es más que la barbarie.

Pero hay consuelo. "Frente al obús" el alma encuentra sosiego en su propia diversidad. En una coherente contradicción, se da entrada a la brisa balsámica de lo fortuito en la atmósfera enrarecida de lo claro y lo distinto. Con ello, lejos de dilución, el poeta cobra forma en la indefinición más sólida. La dicha se encuentra entonces en el rescate de lo mundano que se convierte en epifanía. López Velarde habla de una estridente y brutal cancelación del otro en aras del dogma de la ralea, de las promesas de una razón que desemboca en la carnicería de la Primera Guerra. Así, en "La Guerra", asegura:

De la sangre y del lodo nos consolamos con el  
ánima multánime, con la disparidad, con el  
chasco, con el azar. (DON, 443)

Entendido como recuperación de opuestos, el *vai-vén* velardeano logra la unión de las piezas que conforman el *ánima múltiple*. De esta manera, se da una multiplicación de sensaciones. López Velarde va al mundo, y éste viene al poeta. Éste se sabe uno, pero sospecha que su caudal remonta muy lejos. En "Un filósofo de la comunidad" dice:

mi espíritu es como esos viejos que, habiendo gozado una mocedad y una virilidad borrascosas, al llegar a cualquier pueblo y al ser agasajados por aldeanas rubias y trigueñas y ruidosas y silentes, adivinan una hija en cada aldeana. (CRI, 470)

El poeta no cuestiona el punto en que desembocan las diversas aguas. Su identidad como sujeto, ya se dijo, está fuera de discusión. El poeta sabe, sin embargo, que su unicidad proviene de lo múltiple. "Adivinar una hija en cada aldeana" no es otra cosa que advertir la suma de caudales que conforman el flujo de la vida. Las parejas de contrarios: católico-pagano, asceta-lujurioso, filósofo-irracional, no son un paisaje del reino del oxímoron, son la manifestación más clara de que el ser humano no es monocromático.<sup>3</sup>

Lejos de ser un mero atributo, el hombre es, como en otro poema, un “disco de Newton”, suma de todos los colores en la unicidad del blanco. De nuevo en “Todo”:

Aunque toca al poeta  
roerse los codos,  
vivo la formidable vida  
vida de todas y de todos;  
en mí late un pontífice  
que todo lo posee  
y todo lo bendice;... (ZOZ, 172)

“Todo” es la suma de las muchas partes que lo componen. Es, sin blasfemar, un sumo pontífice: de él parten y a él llegan todos los puentes que unen a todos los seres con el suyo. “Todo”, en la anterior cita, aparece en singular, en plural, en masculino y en femenino. Que *todo* entre en el yo que profesa la fe del integrismo. La vida, perpetua oscilación, deja de ser un estado excepcional para convertirse en encuentro cotidiano con la “disparidad, con el chasco, con el azar”. La existencia se resume, si no en cordial armonía, al menos en el reconocimiento de una singularidad plural. En la misma crítica dice:

Así mi espíritu, cuando lo circuye el coro diverso  
de las ideas, adivina en todas una prolongación  
de sí mismo,... (CRI, 470)

En “El son del corazón”, poema que da título a uno de sus libros de poemas, insiste en la fusión de lo diverso en lo singular. Los efectos del tiempo lineal cesan en la música que toca el corazón, entendido como órgano corporal y como depositario del espíritu:

¿Oyes el diapasón del corazón?  
Oye en su nota múltiple el estrépito  
de los que fueron y de los que son. (SON, 193)

Es muy afortunado el símbolo del diapasón. Uten-silio preciso y fiel, el diapasón contiene los armónicos que lo preceden, pero los canta en una síntesis leal, sin traicionarse nunca. La vibración encierra las voces “de los que fueron y de los que son”. La nota singular es plural. López Velarde reclama

Sólo de esta forma es posible escapar a definiciones reduccionistas que hacen del hombre uno de sus agregados adjetivales: carnal, racional, social, lúdico, etcétera.

para sí las eras en una reverberación del presente. Los muchos coinciden en un punto focal, la persona del poeta:

Mis hermanos de todas las centurias  
reconocen en mí su pausa igual,  
sus mismas quejas y sus propias furias.

El diapasón no miente. De hacerlo, no lograría la coincidencia armoniosa de los muchos sonidos instrumentales. La vibración es certera en todos los puntos de la cadena temporal, lo que “es” es hoy, lo fue ayer y lo será mañana. El poeta recoge los tiempos en su persona, en una armonía total que supera las diferencias de lo múltiple. Los adjetivos subrayan la unicidad, lo consanguíneo y lo inmutable. Más tarde, confecciona un catálogo de los ingredientes de su persona:

Soy la fronda parlante en que se mece  
el pecho germinal del bardo druida ...  
Soy la alberca lumínica...  
Soy el suspirante cristianismo...

Las figuras anafóricas, apoyadas en la palabra *Soy*, confirman (como si hiciese falta) la confianza rotunda que el poeta tiene en su propio ser como individuo. El poeta *es* muchas cosas. Reunidas en la primera persona del singular, se suman sus distintas partes: *es* el druida y el cristiano; hacia él confluyen María y Scherezada. Su alma, nos dice, suena a muchas cosas:

¡Oh Psiquis, oh mi alma: suena a son  
moderno, a son de selva, a son de orgía  
y a son mariano, el son del corazón!

En este afán de unión, López Velarde emprende un periplo que va de sí mismo a sí mismo. No puede haber otro destino para quien busca la integración total de lo que conforma su propia persona. Los pasos del poeta se persiguen y han de terminar por darse alcance. El espacio que se muestra a la vista en el horizonte habrá de convertirse en el propio punto sobre el que el observador lanza la mirada. El mundo de López Velarde es de una redondez inequívoca. Quien camina hacia cualquier punto, camina hacia sí mismo. No hay esquinas opuestas ni vistas contradictorias. El viaje es de ida porque la vuelta va implícita en el propio tra-



Sandro Botticelli, *Pallas y el Centauro*, 1485. temple/lienzo.

yecto. Integración, recuperación de las partes que conforman el ser y unión triunfal de opuestos son expresiones aceptables para definir el sentido final del viaje. El esfuerzo se centra en llegar a lo profundo de sí mismo, en encontrar el punto en que coincidan las partes diversas de la persona. LC

#### BIBLIOGRAFÍA

Berlin, Isaiah (2002), *El fuste torcido de la humanidad. Capítulos de historia de las ideas*, Barcelona, Península.

Isaacson, José (2004), *Filosofía, literatura y etcétera*, Buenos Aires, Corregidor.

López Velarde, Ramón (1971), *Obras. Ramón López Velarde*, México, FCE [Comp., José Luis Martínez].

\_\_\_\_ (1998), *Obra poética*. Edición crítica, México, CNCA [Ed., José Luis Martínez].

\_\_\_\_ (1998), *Obra poética*, Madrid, ALLCA XX [Ed., José Luis Martínez].

Paz, Octavio (1965), *Cuadrivio*, México, Joaquín Mortiz.

Rivas Sáinz, Arturo (1998), "Sistema arterial del vocabulario", en López Velarde, *Obra poética*, Madrid, ALLCA XX [Ed., José Luis Martínez].

Zambrano, María (2002), *Filosofía y poesía*, México, FCE.